

J.M. ADOVASIO, OLGA SOFFER y JAKE PAGE, *The Invisible Sex. Uncovering the True Roles of Women in Prehistory*. Smithsonian Books/Harper Collins Publishers, 2007.

Los autores de esta obra, James M. Adovasio, director del *Institute Archaeological Mercyhurst* de Pennsylvania, Olga Soffer, profesora de Antropología de la Universidad de Illinois, y Jake Page, escritor de temas científicos, comienzan su libro sobre el lado femenino de la evolución humana haciéndose eco de una estimulante frase: «la ciencia no es una verdad, sino un método para disminuir nuestra ignorancia».

Por su contenido, el enfoque de estos investigadores se suma a los estudios publicados en las últimas décadas que, con perspectiva de género, han denunciado el claro sesgo androcéntrico presente en el discurso científico, en general, y en la interpretación de la evolución humana, en particular. Una prueba que cortocircuita y demuestra la falacia de una meta fallida: la Ciencia no ha sido tan objetiva y neutra como se pretende creer. Contrariamente, ha estado sosteniéndose en modelos patriarcales que privilegian un sexo sobre otro. Sólo recientemente se ha empezado a admitir que quien hace ciencia afecta a la ciencia que produce. Y las disciplinas que configuran los estudios sobre el pasado humano (paleoantropología, antropología, arqueología, prehistoria...) han conformado un ámbito esencialmente masculino, tal como ha sucedido en muchos otros campos del saber.

Adovasio, Soffer y Page desafían a esa ortodoxia científica convencional al proporcionar evidencias de las implicaciones de las hembras humanas en un amplio rango de actividades. Se

oponen así a la tradicional perspectiva según la cual desde las épocas más remotas nuestra subsistencia ha dependido de una actividad exclusivamente masculina: la caza. El esfuerzo para llevar a cabo con éxito tan peligrosa actividad, sumado a la tensión generada entre cazadores y animales, habría sido la causa inductora del desarrollo de las principales características que nos definen como humanos (el andar bípedo, el desarrollo de un gran cerebro, la fabricación de herramientas o la capacidad de hablar). Las hembras, que se limitaban a esperar pasivamente a que sus compañeros le trajeran la carne de sus presas para alimentarse a sí mismas y a sus crías, no habrían contribuido en nada al surgimiento de todas esas singulares características. Con estos mimbres se erigió el celebrado «modelo del hombre cazador», tan arraigado en la mentalidad académica y en la imaginación de lo popular que ha llegado casi intacto hasta el presente.

Pese a todo, a partir de la década de 1970, la universalmente admitida inferioridad femenina empezó a cuestionarse con rigor y coraje, principalmente gracias a los argumentos esgrimidos por un grupo trasgresor de mujeres científicas que empezaban a ligarse al mundo académico. Se publicaron entonces estudios que denunciaban sin ambigüedades el acusado sesgo androcéntrico del ensalzado modelo del cazador. Con datos recogidos a partir de un amplio espectro de líneas de investigación (concretamente, trabajos de campo con primates no humanos, estudios etnográficos, de anatomía comparada, paleontología, arqueología y prehistoria), investigadoras especializadas (apoyadas por algunos colegas masculinos) consolidaron el llamado «modelo de la mujer recolectora». Basán-





dose en la importancia de la recolección —una actividad considerada mayoritariamente femenina—, sostenían que las hembras han sido contribuyentes fundamentales para la dieta alimenticia y, por lo tanto, activas participantes en la subsistencia. El supuesto sedentarismo, pasividad y dependencia femeninos, propio de los modelos tradicionales, quedaba en entredicho al tiempo que alimentaba y promovía una dilatada y tensa polémica.

El trabajo de Adovasio, Soffer y Page se incorpora a este apasionante debate, dedicando una parte significativa de su libro a desmontar el modelo del hombre cazador. En diversos capítulos, las tópicas suposiciones del aludido modelo emergen ridiculizadas y reducidas a una suerte de meros «cuentos de hadas». Según estos autores, las bandas de toscos cazadores que persiguen rebaños de mamuts y vuelven cargados de carne a los campamentos de agradecidas mujeres, constituye un relato desfasado para una creciente fracción de la comunidad paleontológica. Como ellos afirman, son simples mitos producto de exaltadas especulaciones. Muy gráficamente lo expresan señalando «que un grupo de humanos armado sólo con herramientas de piedra osara atacar a una criatura del tamaño de un mamut es por supuesto absurdo. Probablemente, habrían usado todas sus habilidades para apartarse con rapidez del camino de tan peligroso depredador».

No obstante, aunque en *The Invisible Sex* se nos expone con gran claridad que numerosas concepciones de la vida prehistórica no son otra cosa que imaginativas fantasías, también se subraya que su precisa articulación con el pensamiento dominante ha permitido que prevalezcan durante largas décadas. En este sentido, recuerdan los autores que, cuando en 2004 se descubrieron en la isla indonesia de Flores los restos de una diminuta especie del género *Homo*, un artista científico la dibujó con barba y llevando una lanza y la carne fresca de un roedor gigante sobre sus hombros, a pesar de que el hallazgo principal había sido el de una hembra.

Sin duda, los últimos capítulos del libro son los más novedosos e interesantes. Aquí los investigadores nos sitúan en el Paleolítico Superior, que en Europa empezó hace unos 35.000

años y terminó hace 10.000. Desde el punto de vista arqueológico, ese período está aderezado por los fascinantes descubrimientos de decenas de estatuillas femeninas, unas pequeñas esculturas diseminadas en el extenso espacio geográfico que va desde los Pirineos hasta las llanuras de Siberia. Con el fin de explicar su origen y el propósito de quienes las tallaron, numerosos especialistas han teorizado largamente sobre ellas sin llegar todavía a consenso alguno. Casi todas las especulaciones se han centrado en las exageradas partes del cuerpo de ciertas estatuillas: los enormes pechos, las marcadas caderas y los vientres con el sexo muy definido, considerándolas desde diosas de la fertilidad hasta juguetes eróticos masculinos.

En un ejemplo verdaderamente notable del valor de un cambio de perspectiva, Soffer y Adovasio llaman la atención sobre un aspecto de las pequeñas esculturas muy raramente considerado: algunas de ellas llevan piezas de ropa. «Los expertos han estado mirando estos objetos durante años, pero desafortunadamente, sus mentes estaban en otro sitio», ha dicho Adovasio. «Muchos de ellos no reconocieron la ropa como ropa. Si notaron algo, malinterpretaron lo que veían, considerándolo tatuajes o arte corporal». Pero Adovasio y Soffer han descubierto que muchas estatuillas llevan cinturones, faldas de cuerdas, sombreros, brazaletes, tallados con sutiles pero intrincados detalles que ofrecen la más notable evidencia de que las gentes del Paleolítico ya habían dominado una revolucionaria habilidad que durante largo tiempo se pensó que había surgido mucho más tarde en la historia humana: la capacidad para tejer fibras extraídas de las plantas.

Dado que la mayor parte de la comunidad científica asume que los materiales de origen vegetal fueron inicialmente utilizados por las mujeres, entonces cabe suponer que ellas habrían sido las pioneras en el uso de fibras trenzadas con el fin de elaborar utensilios. En *The Invisible Sex* estos autores argumentan que las mujeres podrían haber iniciado lo que ellos llaman «la revolución de la cuerda», convirtiéndose en las primeras tejedoras y expertas en textiles de la prehistoria.

Tomar conciencia de que los productos vegetales podían explotarse con otros fines que no

fuesen los de la alimentación, según razonan Adovasio y Soffer, fue un acontecimiento al menos tan central para los intereses humanos como la producción de las herramientas de piedra. La cuerda y el tejido potenciaron actividades de gran beneficio y utilidad; por ejemplo, la capacidad de trenzar algún tipo de «saco» o «mortal» con el que asegurar una criatura al cuerpo de la madre, algo que facilitaba el desplazarse y recolectar con mayor libertad. O bien, al elaborar contenedores (bolsas o cestos) en los que transportar o almacenar. Igualmente, el uso de la cuerda permitió confeccionar redes que se convertirían en la mejor manera de atrapar animales sin los riesgos del combate cuerpo a cuerpo. Asimismo, con estos materiales podrían construirse herramientas complejas compuestas de madera y piedra, amarrando unas partes a otras. «La revolución de la cuerda fue un profundo acontecimiento en la historia humana», han manifestado Adovasio y Soffer. «Cuando la gente empezó a utilizar las plantas y sus productos se abrió una vasta perspectiva para el progreso humano».

Los autores concluyen su libro con optimismo, apoyados en una esperanzadora convicción: de ahora en adelante, quienes opten por estudiar la vida prehistórica deberán superar la noción de que nuestro pasado estuvo caracterizado por un patriarcado mundial monolítico y opresor de las mujeres. Hoy podemos lanzar la mirada atrás hasta hace miles o incluso millones de años y constatar que las hembras y las mujeres de ninguna manera eran invisibles. Simplemente ha sucedido que quienes se han sumado a interpretaciones sesgadas son los que han estado largo tiempo ciegos para moverse en territorios más cercanos a la verdad.

En realidad, el hilo argumental de este trabajo se apoya en uno de los supuestos mejor contrastados en las ciencias sociales: el progreso material se debe a la materialización de ideas que

han conllevado el diseño de técnicas orientadas a multiplicar los resultados de los esfuerzos humanos. En este caso, las mujeres gestaron una tecnología transformadora, importante de cara a fortalecer los cimientos de la supervivencia. Quizás sea esclarecedora la ironía del contraste entre las silenciosas mutaciones de las creaciones *soft* y las contundentes y visibles realizaciones de lo *hard*. ¿Será este aspecto otro trasunto del combate entre la «fuerza masculina» y la «habilidad femenina»? Felizmente, está creciendo el número de investigadores que intentan superar esa dialéctica simplista frente al análisis de lo complejo.

Antes de terminar, quisiera señalar que desafortunadamente este texto parece no haber sido revisado con suficiente cuidado, ya que acarrea errores impropios de la calidad científica de sus autores. Por ejemplo, confunden la situación geográfica de La Garganta de Olduvai, situándola en Kenia en vez de en Tanzania. O bien, consideran que los homínidos pertenecen todos al género *Homo*, cuando sabemos que los australopitecos (y los miembros de otros géneros descubiertos con posterioridad) también son homínidos. Pero, hecha esta salvedad, me interesa remarcar que la lectura de este libro resulta tan excitante como sugestiva, pues arroja un necesario soplo de aire fresco sobre los anquilosados y rancios modelos evolutivos convencionales. Unos aires que para la causa del feminismo, bien entendido, ya empiezan a tener la fuerza de esos temporales que arrasan las frágiles construcciones de domésticas y provisionarias maneras de existir sin solucionar y explicar las causas de fondo.

Carolina MARTÍNEZ PULIDO
Instituto Universitario
de Estudios de las Mujeres
Universidad de La Laguna

